

COMENTARIO

NUESTRA BANDA

Por Francisco CASARES

Próximamente celebrará sus bodas de oro la Banda Municipal madrileña. Es innecesario ponderar su popularidad, bien conocida, cimentada en medio siglo de actuación artística. Realmente, la agrupación musical debería ser ya centenaria. En 1836, el marqués de Pontejos, corregidor de Madrid a la sazón, sometió al Concejo la propuesta de constituir una banda, costeada por el Ayuntamiento. Pero fracasó. En 1905, otro ilustre concejal, el marqués de Altavilla, formuló una proposición semejante. Nuevamente se malogró el propósito. Y fué el conde de Peñalver, en 1908, el que con tesón admirable hizo realidad la dos veces frustrada iniciativa. Encontró también dura oposición. Entre los ediles que votaron en contra figuraban Pablo Iglesias y Largo Caballero. Para los socialistas, el que Madrid contase con un elemento de cultura popular no tenía el menor interés. No les importaba nada. El aristócrata que presidía aquel Ayuntamiento, al que la Villa debe tanto—sabido es que fué suya la idea de la Gran Vía—, dijo en la sesión en que se discutió el proyecto de creación: "Es un elemento de cultura artística. No todo ha de ser construir alcantarillas, y estoy decidido a crear la banda municipal." A la defensa que el alcalde hacía de la conveniencia de dotar a la capital de una agrupación musical, como ya las tenían otras ciudades españolas, replicaba el presidente de la Comisión municipal de Hacienda que la ley no obligaba a ese dispendio, que no constituía una necesidad y que se iba a decir que era un derroche.

Tardó todavía algunos meses en ser un hecho aquel ilusionado proyecto del conde de Peñalver. Pero ya no fué por resistencias ni cri-

terios contrarios, sino por la obligada gestación en cuyos trámites era fundamental la elección del director. Se nombró a don Ricardo Villa y para la subdirección a don José Garay. El primero dirigía la orquesta del Real. El segundo, músico mayor del Ejército, había actuado ya al frente de las bandas municipales de Santander y Gijón, lo que prueba que Madrid llegaba rezagado, que se le habían adelantado otras poblaciones españolas. He aludido a la popularidad y prestigio de nuestra banda. No menores fueron los que en su dilatada vida profesional llegó a alcanzar el maestro Villa, a quien el pueblo madrileño quería muy sinceramente.

He recogido estos datos de un libro, meritisima labor de evocación, una verdadera y completa biografía que ha compuesto don Mariano Sanz de Pedre, profesor del conjunto musical, que lleva muchos años en ella y ha vivido de cerca su brillante historia. La objetividad no empaña el entusiasmo con que este competente músico nos describe el nacimiento, los primeros pasos, las vicisitudes, el anecdótico y los triunfos de la banda que bajo la batuta y las consignas del maestro Villa fué siempre modelo de amor al trabajo, entusiástica unión de fervores y voluntades, todo lo que en cincuenta años sirvió para conquistar el cariño de los madrileños y la admiración de otras ciudades en las que actuó cuando para ello fué requerida, menos veces, desde luego, de las que se solicitó su desplazamiento.

Las figuras de los directores, desde que en 1909 comenzó a actuar la agrupación, y tras la muerte de Ricardo Villa, continuando su trayectoria, han sido invariablemente reflejo de la competencia y altura de este conjunto, integra-

do por insignes profesores que individualmente lograron el mayor renombre y pertenecieron a orquestas y organizaciones sobresalientes. Los maestros Yuste, Sorzábal, López Varela y Arámburri, y junto a ellos, como subdirectores, Echevarría y Martín Domingo, han estado al frente de la Banda, que en su medio siglo de vida ha realizado una intensa labor, auténtico beneficio para el pueblo de Madrid. Bien merece, al llegar a sus bodas de oro, el homenaje de todos. La obra de Sanz de Pedre es el que le tributa, afectiva, devocionalmente, uno de sus miembros. A modo de prólogo—en el libro figura uno oportuno y magnífico de Francisco Ramos de Castro—, esta biografía es llamamiento, aviso, incitación. Lo demás lo debe poner el Concejo, en la seguridad de que las clases populares madrileñas secundarán entusiásticamente cuanto signifique exaltar la brillante ejecutoria.

El conde de Mayalde ha sido un decidido benefactor de la agrupación. El concejal don Francisco Muñoz Lusarreta, delegado en la Banda Municipal, pone igualmente sus desvelos y su máximo interés en que ella mantenga el prestigio que supo ganar en sus cincuenta años de vida y que estamos todos los madrileños en la obligación de subrayar, no sólo como expresión justa de admiración, sino como prueba testimonial de gratitud para un grupo de hombres—los de ayer y los de hoy—que dieron la razón al conde de Peñalver cuando aseguraba que la capital necesitaba un elemento de cultura popular y artística. Esto ha sido la Banda, que acaso un día debería transformarse en orquesta municipal, como las de Bilbao y Valencia. La historia ejemplar, brillantísima, de la agrupación madrileña, la competencia de sus profesores y esta ocasión que ahora llega de conmemorar su primer medio siglo de actuación son, a mi entender, razones más que suficientes para rendir el homenaje tan legítimamente conquistado y elevar, si ello es posible, la jerarquía. Instalaciones más adecuadas y de mejor traza que el quiosco del Retiro y el no debidamente reemplazado de Rosales, con la distinción colectiva, honorífica, que el Concejo pueda decretar—quizás, por parte del ministerio de Educación, la gran cruz de Alfonso el Sabio, corporativamente otorgada—serían una manifestación, simbólica y práctica a la vez, de las muestras de simpatía y agradecimiento que los madrileños debemos a la Banda Municipal. ¿Elegiremos?